

Orientación

EL NIÑO Y EL SABER (7)

Jacques-Alain Miller

El Instituto Psicoanalítico del Niño se inaugura hoy con esta serie de trabajos sobre los miedos de los niños. La elección del tema se justifica, dado que el texto principal que Freud dedica al niño, y, si no al psicoanálisis de niños, al menos a su inscripción en el discurso analítico, es el análisis de una fobia que tiene el aspecto de un miedo irracional a los caballos. Esta Jornada inaugural puede ser considerada como una conmemoración de ese gran texto.

¿Qué tema para la segunda Jornada que tendrá lugar en dos años? ¿Qué tema que forme una pareja con *Los miedos de los niños* y que produzca con él un efecto de sentido?

El miedo es un afecto, patético. Busquemos un término que le sea completamente opuesto. Debe ser uno que pertenezca al registro que llamamos del significante. Esto se encuentra justificado en la fobia, donde si bien se experimenta a nivel del afecto, se analiza a nivel del significante. El alcance es tal que en la cura del pequeño Hans Lacan definió la fobia como “un cristal significante”, (8) que es una formación del inconsciente con un número limitado de significantes, de los cuales el niño explora todas las permutaciones posibles. Una fobia no es un miedo, no se reduce a eso en absoluto. Tal como se revela en una cura de orientación analítica una fobia es una elucubración de saber “sobre” o “bajo” el miedo, en la medida en que ella es su armadura significante.

De esta simple reflexión procede mi elección del tema que a la vez permite abrir el campo de la próxima Jornada, “El niño y el saber”. En los dos años que nos separan de ella, los que se dirijan a este nuevo Instituto del Niño tendrán tiempo de explorar.

Cuando decimos que el niño y el saber son dos palabras que van muy bien juntas es porque el niño es la víctima designada del saber.

¿Qué es un niño?

¿Qué es un niño? No es demasiado tarde para formular la pregunta.

Un niño es el nombre que damos al sujeto, siempre que se lo compromete a la enseñanza bajo la forma de la educación. El niño es el sujeto “a educar”, lo cual quiere decir el sujeto a conducir, a dirigir, como lo confirma la etimología, que nos remite al latín *ducere*, que es un verbo derivado del sustantivo *dux*, el jefe.

El niño es por excelencia el sujeto entregado al discurso del Amo por el sesgo del saber, es decir, por intermedio del pedagogo. También la etimología recuerda que “pedagogo” es el nombre del esclavo encargado de conducir a los niños.

El saber del que se trata puede pavonearse como amo pero a título de semblante. No vemos al verdadero amo, que es la verdad de ese semblante. Es lo que Lacan tradujo en su álgebra cuando escribe bajo el significante S_2 una barra y debajo S_1 :

$$\frac{S_2}{S_1}$$

El amo está escondido bajo la apariencia de un saber-amo, que es el saber del esclavo para conducir a los niños, que a la vez son los esclavos del esclavo.

El niño, asunto de poder

La estructura general de todos los aparatos donde el saber está en posición de semblante y cuyos asuntos tocan el poder es lo que Lacan llamó el discurso de la Universidad. Hoy el niño es un asunto de poder, y debemos decir dónde nos inscribimos ante este espectáculo.

Las controversias actuales sobre la educación son, de cabo a rabo, políticas, cuyo eje es nada menos que la producción de sujetos. Se trata siempre de reducir, comprimir, dominar, manipular el goce de aquel a quien se llama niño, para extraer un sujeto digno de ese nombre, es decir, un sujeto sujetado.

Asistimos a este fenómeno en crecimiento: una competencia de saberes, una rivalidad de tradiciones, una lucha de transmisiones, que se ofrecen a porfía para determinar qué saber pesará más que el otro en la producción de sujetos, bajo qué dominio caerá el niño para merecer volverse lo que en algunos saberes llamamos un ciudadano. Esto se constata cuando se trata de la enseñanza de la Historia.

¿Qué Historia nos preguntamos? ¿Debemos enseñar la del país de residencia, la de Europa, la del mundo, o la de la tradición étnica y/o religiosa a la que un niño pertenece?

El niño tomado en el triángulo de saberes

Simplifiquemos la cuestión dibujando un triángulo de saberes, cuyos extremos son el Estado, la familia y los medios de comunicación.

El Estado, porque estamos en Francia y en este país hay una tradición llamada republicana que prescribe la transmisión de un orden de saber cuyos fundamentos fueron formulados durante la Tercera República.

La familia, porque es también la comunidad étnica y/o religiosa, cristiana, judía o musulmana, la que quiere sujetos que perpetúen sus prácticas y creencias.

Los medios de comunicación, en la medida en que la distracción vehiculiza un saber que modela al sujeto. Sobre el sujeto a educar nos interrogamos repetidamente a propósito de la incidencia del espectáculo, en particular los que son violentos.

Una política de los saberes

Michel Foucault había forjado el término de “biopolítica” para designar la producción de seres vivos como un asunto de poder. En esta misma línea, podemos hablar de “epistemopolítica” para designar la política de los saberes que conciernen especialmente al niño, y que buscan conferirle por ejemplo una identidad que algunos llaman “nacional”. La cuestión es saber, en relación al niño, con qué significantes amos quedará marcado cuando los poderes se disputan entre sí. Para que el sujeto pueda recibir una marca identitaria, en todos los casos es preciso que el goce del niño sea descompletado, ya sea que sufra una pérdida o que se realice una ablación. Es

la operación principal del saber-semblante. Nadie duda cuando esta operación se encarna en una práctica como la de la escisión. Esta revela que en realidad todo saber comporta una escisión, que resulta en una ablación sobre el niño, al que le exige su consentimiento a esta pérdida.

La enseñanza y los objetos del psicoanálisis

La imagen de la nutrición es tradicional para la enseñanza. El nombre latino dado a la Universidad lo expresa muy bien, lo encontramos en Rabelais, y anteriormente para otros usos en los romanos: *Alma mater*, la madre nutricia. El tema de hoy sirve para recordar que podemos corregir esta imagen si consideramos que esta nutrición puede revertirse en voracidad. Si bien en la boca del cocodrilo podría ponerse un palo, no llegamos a ponerlo en la boca del aparato escolar y universitario, o es preciso que el palo sea el niño mismo.

El psicoanálisis incita a sustituir este modelo oral de la transmisión del saber por una referencia anal. Esta siempre exige al sujeto que se vacíe por dentro, que suelte lo que le pertenece como propio, que se purifique del desecho que contiene. No son azarosos los testimonios del padecimiento de los primeros estudiantes de la Universidad de París, en el momento de su establecimiento en el siglo XIII. Disponemos de las cartas que escribían a sus familias en las que dicen morirse de aburrimiento.

La voz y la mirada no están menos implicadas en la relación del niño con el saber. Es preciso que una voz sostenga el saber. Los psicólogos que contrastaron resultados escolares revelan que eso anda mucho mejor cuando la voz del profesor está allí para soportar el significante. Por otra parte, la educación apunta a incorporar al sujeto la mirada del Otro, de modo tal que él mismo se vigile, se controle y se dirija como si el Otro estuviera. Es preciso que el niño incorpore algo del Otro y, por excelencia, lo que se debe incorporar es la mirada.

Elaboro un retrato bastante patológico de la escuela, pero esto permite ver muy bien que lo que se llama psicoterapia es del mismo registro que la pedagogía. La psicoterapia es la pedagogía desde el momento que acentúa el aspecto curativo de lo educativo, mientras que yo destaco el aspecto patológico o patógeno.

El Instituto Psicoanalítico del Niño

Despejar la función que tiene el deseo del Otro en la educación compete al Instituto del Niño. Eso quiere decir poner en tela de juicio el goce de los pedagogos, que con su goce infame operan sobre el goce del niño mediante los semblantes del saber.

La virtud de los pedagogos es a menudo el revestimiento de un goce que, incluso sin saberlo, puede ser calificado de sádico, con los efectos de angustia que produce sobre el educado.

Al Instituto del Niño le corresponde restituir el lugar del saber del niño, de lo que los niños saben. Siempre saben más de lo que suponen los adultos, ya atontados por su educación acabada: ya saben más sobre el lenguaje, por anticipación, como pudo ser observado por el lingüista; por supuesto, saben los secretos de familia; saben del deseo de los padres, aunque solo sea en virtud de ser su síntoma; saben del deseo de los pedagogos; no se equivocan sobre el carácter de semblante de los saberes impuestos y sobre el halo de ignorancia en los que estos saberes están envueltos, donde encuentran su cimiento.

El respeto por el saber del niño

El saber que tiene el niño no es de semblante, es decir, un saber artificial elevado a discurso sobre la misma matriz que el discurso de la Universidad. El saber del niño es un saber auténtico, ya sea sabido o no sabido, que se inscribe en el discurso analítico.

Diría la palabra “respeto”. En el discurso analítico el saber del niño es respetado.

El niño entra en el discurso analítico como un ser de saber, y no solamente como ser de goce. Su saber es respetado como el de un “sujeto de pleno ejercicio”, porque es “sujeto de pleno ejercicio” y no “sujeto por venir” tal como es bajo los ojos de la pedagogía. Es un saber respetado en su conexión con el goce que lo envuelve, que lo anima, y que se confunde con él.

La cura no es una educación. Ante todo, porque acogemos en el psicoanálisis sujetos traumatizados por el saber del Otro, por su deseo y por su goce. Para algunos niños, saber, deseo y goce del Otro toman un valor real. En ese caso se trata de conducirlos, pero no al *dux*, o a creer en el jefe,

sino por el contrario a que el Otro no existe.

El niño es el supuesto saber en el psicoanálisis, y a quien se trata de educar es al Otro, al que conviene enseñar a comportarse. Cuando este Otro está incoherente y destrozado, y deja al sujeto sin brújula y sin identificación, debemos elucubrar con el niño un saber a la medida que pueda servirle. Cuando el Otro asfixia al sujeto, intentamos con el niño hacerlo retroceder con el fin de darle a este niño un respiro.

La tarea del psicoanalista

El analista está del lado del sujeto en todos los casos, y su tarea es llevar al sujeto niño a jugar su partida con las cartas que le fueron repartidas. Para el analista es una prueba porque debe controlar la exactitud, la veracidad de su posición de analista, porque solo puede operar con el niño bajo la condición de no ser siervo de conformismo alguno y, ante todo, de no ser siervo del conformismo del saber psicoanalítico.

Desde hace algunos años asistimos a la transformación de la metáfora paterna en estándar en algún mundo psicoanalítico. Lo que conlleva de supremacía de la función del padre sobre el deseo de la madre, se vuelve expresión de un machismo primario, al mismo tiempo que la castración es la norma.

No es ese el saber del psicoanalista sino el que tiene que elucubrarse al ras del síntoma, lo más cerca posible de su conformación original. Lo que Lacan llamó síntoma es un circuito de repeticiones, un ciclo de saber-goce que se desencadena a partir de un acontecimiento de cuerpo, de la percusión de un cuerpo por medio de un significante.

Tenemos oportunidad de intervenir en el que llamamos un niño, antes de que los efectos de *après-coup* de esta percusión hayan tomado la forma de un ciclo definitivamente establecido, e incluso si lo está, queda un margen que permite todavía orientar el ciclo del síntoma, con el fin de que el sujeto pueda encontrar en él, a medida, un orden y una seguridad.

Lo que debemos esperar de la próxima Jornada del Instituto del Niño, sobre “El niño y el saber”, no es elaborar y aislar como una especialidad el psicoanálisis con niños, sino, en cambio, contribuir al discurso analítico en tanto tal.

7- Presentación del tema de la segunda Jornada de Estudio del Instituto del Niño, pronunciada el 19 de marzo de 2011, en el cierre de la primera Jornada de Estudio del Instituto del Niño. Transcripción de Daniel Roy y Hervé Damase, con Nathalie Georges-Lambrichs.

8- Lacan, J., *Escritos 1*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002, p. 500.